

EL CAMINO ESTRECHO AL NORTE PROFUNDO

Richard Flanagan

Fragmento

1

¿Por qué en el principio de las cosas siempre hay luz? Los primeros recuerdos de Dorrigo Evans eran del sol entrando a raudales en una iglesia en la que estaba con su madre y su abuela. Una humilde iglesia de madera. La luz deslumbrante y él caminando en un torpe vaivén, entrando y saliendo de aquella luminosidad acogedora y trascendente para arrojarse en brazos de las mujeres. Mujeres que lo querían. Como quien se adentra en el mar y regresa a la orilla. Una y otra vez.

Dios te bendiga, dice su madre, abrazándolo y soltándolo de nuevo. Dios te bendiga, hijo.

Debía de ser 1915 o 1916. Dorrigo Evans tendría uno o dos años. Las sombras llegaron más tarde, en forma de un antebrazo erguido cuyo contorno negro se agitaba en la grasienta luz de una lámpara de queroseno. Jackie Maguire estaba sentado en la pequeña y oscura cocina de los Evans, llorando. Entonces nadie lloraba, excepto los bebés. Jackie Maguire era un hombre viejo, tendría cuarenta años, quizá más, y barría con el dorso de la mano las lágrimas que surcaban su rostro picado de viruela. ¿O sería con los dedos?

Solo su llanto había quedado fijado en la memoria de Dorrigo Evans. Era un sonido como de algo resquebrajándose. Su ritmo decreciente le recordaba el golpeteo en el suelo de las patas traseras de un conejo que se debatía en una trampa, el único sonido similar a ese que había oído jamás. Tenía nueve años, había entrado en casa para enseñar a su madre la ampolla sanguinolenta que se había hecho en el pulgar y no tenía mucho más con qué compararlo. Hasta entonces solo había visto llorar a un hombre una vez, una escena asombrosa, cuando su hermano Tom había vuelto de Francia al finalizar la Primera Guerra Mundial. Se apeó del tren, dejó el petate que llevaba al hombro en la tierra caliente del apartadero y rompió a llorar sin más.

Viendo a su hermano, Dorrigo Evans se había preguntado qué podía hacer llorar a un hombre hecho y derecho. Más tarde, el llanto se convirtió sencillamente en la afirmación de un sentimiento, y el sentimiento en la única brújula vital. Sentir se puso de moda y las emociones se convirtieron en un teatro cuyos actores ya no sabían quiénes eran más allá del escenario. Dorrigo Evans viviría lo bastante para presenciar todos esos cambios. Y recordaría un tiempo en que las personas se avergonzaban de que las vieran llorar, en que temían la debilidad que denotaba el llanto, los problemas a los que conducía. Viviría lo bastante para ver cómo se

alababa a alguien por algo que no era digno de alabanza, solo porque la verdad se consideraba dañina para sus sentimientos.

La noche que Tom volvió a casa quemaron al káiser en una hoguera. Tom no dijo ni una palabra sobre la guerra, los alemanes, el gas, los tanques y las trincheras de los que tanto habían oído hablar. No dijo nada en absoluto. Aquello que siente un hombre no siempre equivale a todo lo que encierra una vida. A veces no equivale a apenas nada. Tom se había limitado a contemplar las llamas.

2

Un hombre feliz no tiene pasado; un hombre infeliz no tiene nada más. Cuando llegara a viejo, Dorrigo Evans no sabría decir si había leído esa frase o la había inventado él mismo. Inventado, mezclado y despedazado. Despedazado sin piedad. De la piedra a la grava, de la grava al polvo, del polvo al barro, del barro a la piedra, y así siempre porque así es el mundo, como solía decir su madre cuando él le pedía razones. El mundo es, solía decir ella. Es y punto, niño. Dorrigo Evans estaba intentando sacar una piedra de un roquedal para construir un fuerte con el que jugar cuando otra piedra más grande le había caído sobre el pulgar, provocando una ampolla, grande y dolorosa, de sangre coagulada bajo la uña.

Su madre lo cogió en volandas y lo sentó en la mesa de la cocina, donde la lámpara alumbraba con más fuerza. Rehuyendo la extraña mirada de Jackie Maguire, sostuvo el pulgar de su hijo bajo la luz. Entre sollozos, Jackie Maguire dijo algunas cosas. Su mujer se había ido en tren a Launceston la semana anterior con el hijo más pequeño de ambos y no había regresado.

La madre de Dorrigo cogió el cuchillo de trinchar, cuyo filo estaba pringado de sebo blanquecino de cordero, y hundió la punta entre las ascuas de la cocina económica. Una pequeña voluta de humo se elevó en el aire e impregnó la estancia de olor a carne chamuscada. Entonces la mujer sacó el cuchillo, cuya punta roja resplandecía entre diminutas centellas incandescentes, una imagen que a Dorrigo se le antojó mágica y aterradora a la vez.

Estate quieto, le ordenó su madre, sujetándole la mano con tanta fuerza que el niño se quedó inmóvil de puro miedo.

Mientras, Jackie Maguire iba contando que había cogido el tren correo hasta Launceston para ir en busca de su mujer pero no había podido dar con ella. Dorrigo Evans vio que la punta ardiente del cuchillo le tocaba la uña y que esta empezaba a humear mientras su madre le quemaba la cutícula. Oyó a Jackie Maguire decir:

Se ha desvanecido de la faz de la Tierra, señora Evans.

El humo dio paso a un pequeño borbotón de sangre oscura, y el dolor de la ampolla y el pánico al cuchillo incandescente desaparecieron a la vez.

Ahora largo, dijo la madre de Dorrigo, apeándolo de la mesa con un suave empujón. Largo de aquí, niño.

¡Se ha desvanecido!, se lamentó Jackie Maguire.

Todo esto había ocurrido en los tiempos en que el mundo era ancho y la isla de Tasmania seguía siendo el mundo. Y entre sus muchos lugares remotos y dejados de

la mano de Dios, pocos había más remotos y dejados de la mano de Dios que Cleveland, el caserío de unas cuarenta almas donde vivía Dorrigo Evans. Antaño posta frecuentada por los coches que transportaban presidiarios, la aldea había caído en declive y en el olvido, y por entonces no quedaba de ella más que el apartadero ferroviario, un puñado de edificios georgianos al borde de la ruina y unas pocas casuchas de madera con porche delantero, desperdigadas entre sí, que cobijaban a quienes habían sufrido un siglo de pérdida y exilio.

Sobre el telón de fondo de un bosque de serpenteantes eucaliptos negros y mimosas que parecían bailar mecidos por el aire caliente, los veranos eran calurosos y duros. Los inviernos eran duros, sin más. Corrían los años veinte –aunque bien podrían haber sido las últimas décadas del siglo XIX– y la electricidad y la radio estaban aún por llegar. Muchos años después Tom, un hombre poco dado a las metáforas pero acaso movido, o eso había supuesto Dorrigo, por su propia e inminente muerte y el terror inherente a la vejez –que toda vida se reduce a una alegoría y que la verdadera historia se nos escapa–, dijo que aquello era como el largo otoño de un mundo agonizante.

El padre de ambos trabajaba como ferroviario y la familia vivía en una casa de madera levantada a pie de vía, propiedad de la Compañía de Ferrocarriles de Tasmania. En verano, cuando el suministro de agua se veía interrumpido, la extraían con cubos del depósito destinado a las locomotoras a vapor. Dormían tapados con las pieles de las zarigüeyas que cazaban y se alimentaban sobre todo de los conejos que caían en sus trampas, los ualabíes que abatían a tiros, las patatas que cultivaban y el pan que amasaban. Su padre, que había sobrevivido a la depresión de 1890 y había visto morir de hambre a más de un hombre en las calles de Hobart, se consideraba sumamente afortunado por haber ido a parar a semejante paraíso de los trabajadores. En sus momentos menos optimistas, también solía decir que «quien vive como un perro, muere como un perro».

Dorrigo Evans conocía a Jackie Maguire de las vacaciones que a veces pasaba con Tom. Para llegar a la casa de su hermano solía subirse a la carreta de Joe Pike, que lo llevaba desde Cleveland hasta el cruce de Fingal Valley. Mientras la vieja yegua de tiro a la que Joe llamaba Gracie trotaba alegremente, Dorrigo se mecía de aquí para allá y se imaginaba convertido en una rama de aquellos eucaliptos negros que se agitaban sin descanso, peinando el vasto cielo azul que se extendía sobre su cabeza. Percibía el olor de la corteza húmeda y las hojas marchitas, veía en las alturas a los clanes de loris almizcleros verdirrojos graznando alegremente. Atendía, embelesado, al canto de los carrizos y los melífagos, a la estridente llamada de los picanzos grises, punteada por el constante traqueteo de los cascos de Gracie y los crujidos y tintineos de los aparejos de cuero, las varas de madera y las cadenas de hierro de la carreta, todo un universo de sensaciones que recuperaba en sueños.

Avanzaban por el viejo camino de posta, dejando atrás la destartada hostería que el ferrocarril había obligado a cerrar, por entonces poco menos que una ruina en la que vivían varias familias empobrecidas, entre ellas la de Jackie Maguire. Cada pocos días, una nube de polvo anunciaba la llegada de un automóvil y los chiquillos salían de entre la maleza y los muros de la hostería para perseguir su ruidosa estela hasta que se notaban los pulmones abrasados y las piernas pesadas como el plomo.

En el cruce de Fingal Valley, Dorrigo Evans se apeaba de la carreta, se despedía de Joe y Gracie, y echaba a andar hacia Llewellyn, población que se distinguía sobre todo por ser más pequeña incluso que Cleveland. Una vez allí, se dirigía al nordeste campo a través y, tomando el gran macizo nevado de Ben Lomond como punto de referencia, se abría paso por el bosque hacia las tierras inhóspitas del otro lado de la montaña, donde Tom trabajaba dos semanas sí, una no cazando zarigüeyas. A media tarde llegaba a la casa de su hermano, una gruta enclavada en un recodo abrigado de la montaña, por debajo de una cima recortada. La gruta era ligeramente más pequeña que el cobertizo en pendiente que albergaba la cocina de los Evans, por lo que, incluso en su parte más alta, Tom debía agachar la cabeza cuando estaba de pie. La cueva se estrechaba en los extremos, como un huevo, y la entrada quedaba resguardada por un saliente rocoso, lo que significa que era posible dejar una hoguera ardiendo toda la noche para caldear el interior.

A veces Tom, que por entonces contaba veintipocos años, invitaba a Jackie Maguire a trabajar con él. Tenía buena voz, y por las noches solía cantar una o dos canciones. Y luego, a la luz de la hoguera, Dorrigo leía en voz alta las viejas revistas y diarios – como el *Bulletin* o el *Smith's Weekly*– que componían la biblioteca de los dos cazadores de zarigüeyas. Lo hacía a petición de Jackie Maguire, que no sabía leer, y de Tom, que decía saber. Les gustaba que Dorrigo les leyera la columna del consultorio sentimental, o los «romances del monte», que les parecían «ingeniosos» o a veces incluso «muy ingeniosos». Al cabo de un tiempo, Dorrigo empezó a memorizar otros poemas para ellos que sacaba de un libro de la escuela titulado *Parnaso inglés*. El favorito de los dos hombres era «Ulises», de Tennyson.

Con el rostro picado de viruela sonriente a la luz de la lumbre, brillante y lustroso como un pudín de pasas y especias recién desmoldado, Jackie Maguire exclamaba: ¡Vaya con los veteranos! Esos sí que sabían ensartar las palabras y tensarlas como una trampa de latón en torno al cuello de un conejo!

Dorrigo no le contó a Tom lo que había visto una semana antes de que la mujer de Jackie Maguire se desvaneciera: a su hermano metiéndole la mano por debajo de la falda mientras ella –una mujer menuda y visceral, con un punto de exótico misterio– se reclinaba sobre el gallinero, un cobertizo situado detrás de la hostería. Tom tenía el rostro enterrado en su cuello, y Dorrigo supo que su hermano la estaba besando.

Durante muchos años, Dorrigo pensaría a menudo en la mujer de Jackie Maguire, cuyo nombre nunca llegó a conocer, cuyo nombre era como la comida con que soñaba todos los días en los campos de prisioneros de guerra: algo que estaba y no estaba a la vez, que se le metía en el cerebro, que se desvanecía en cuanto alargaba la mano para cogerlo. Pasado un tiempo, ya no pensaba en ella tan a menudo, y pasado un poco más ya no pensaba en ella en absoluto.

3

Dorrigo era el único de la familia que había aprobado el examen de aptitud académica al finalizar los estudios elementales, a la edad de doce años, por lo que le habían concedido una beca para estudiar en la escuela secundaria de Launceston. Era mayor que los demás alumnos de su curso. El primer día de clase, a la hora del almuerzo, acabó recalando en lo que se conocía como el patio de arriba, una zona

llana cubierta de hierba reseca y tierra, sembrada de trozos de corteza y hojas, en uno de cuyos extremos se alzaban varios eucaliptos de gran porte. Vio a los chicarrones de tercer y cuarto curso, algunos de ellos con patillas, chicos que ya tenían músculos de hombres, formando dos filas desiguales a ambos lados del patio entre empujones y zarandeos, moviéndose como si ejecutaran algún tipo de danza tribal. Luego empezó la magia del kick to kick. Un chico chutaba la pelota desde su fila hasta el lado opuesto del patio, y todos los chicos de la fila contraria se precipitaban a la vez hacia la pelota, y si esta llegaba desde arriba, saltaban en el aire para intentar cogerla. Por violenta que fuese la lucha por apuntarse un tanto, quienquiera que lo consiguiese se convertía de pronto en intocable. A él correspondía el botín, la recompensa de chutar la pelota de vuelta a la otra fila, donde se repetía el proceso.

Así transcurrió toda la hora del almuerzo. Inevitablemente, los chicos mayores dominaban el juego y se anotaban la mayor parte de los tantos. Algunos de los más jóvenes también conseguían atrapar la pelota y chutarla, pero la mayoría apenas si llegaba a tocarla.

Dorrigo no dejó de observarlos durante toda la hora del almuerzo de su primer día de escuela. Otro chaval de primer curso le dijo que tenía que estar por lo menos en segundo para que te dejaran probar suerte. Los alumnos mayores eran demasiado fuertes y rápidos; no dudarían en clavar el codo en una cabeza, el puño en un rostro, la rodilla en una espalda con tal de desembarazarse de un adversario. Dorriego se percató de que había un grupo de chavales más pequeños merodeando cerca de los jugadores, unos pasos por detrás de estos, listos para rescatar alguna pelota extraviada que saliera volando por encima de la marabunta.

El segundo día se unió a ellos, y el tercer día se descubrió pegado a las espaldas de los jugadores. Fue entonces cuando, por encima de los hombros de estos, vio que la pelota salía disparada en un vuelo tembloroso hacia las alturas y en su dirección. Por un instante pareció flotar en el aire, tapando el sol, y Dorriego comprendió que esa pelota era suya y de nadie más. Percibía el olor de las hormigas rojas en los eucaliptos y cómo la deshilachada sombra de sus ramas se iba quedando atrás mientras él se precipitaba hacia delante y se adentraba en la piña. El tiempo se ralentizó y Dorriego encontró todo el espacio que necesitaba en el punto hacia el que convergían a la carrera los chicos más grandes y fuertes. Comprendió que esa pelota que se mecía encaramada al sol le pertenecía, y que lo único que debía hacer era ganar altura. Solo tenía ojos para ella, pero intuyó que no la alcanzaría a la velocidad que llevaba, por lo que dio un salto. Sus pies se toparon con la espalda de un chico, sus rodillas con los hombros de otro, y así trepó hasta alcanzar el deslumbrante resplandor del sol, elevándose por encima de todos los demás. En la cúspide del esfuerzo colectivo, Dorriego alargó los brazos hacia arriba, sintió que la pelota se posaba en sus manos y supo que podía dejarse caer, abandonando aquel resplandor.

Aferrando la pelota contra el pecho, aterrizó de espaldas, y el impacto fue tal que se quedó sin aliento. Aspirando grandes sorbetones de aire, se las arregló para levantarse y allí se quedó, bañado por la luz, sosteniendo la pelota ovalada, listo para unirse a un mundo más grande.

Mientras retrocedía tambaleándose, la melé se congregó a una respetuosa distancia de él.

¿Quién coño eres tú?, preguntó uno de los chicos mayores.

Dorrigo Evans.

Eso ha sido alucinante, Dorrito. Te has ganado el saque.

El olor a corteza de eucalipto, la cruda luz azul del mediodía tasmano, tan hiriente que hubo de entornar los ojos casi hasta cerrarlos, el zarpazo del sol en su piel tirante, las sombras afiladas y cortas de los demás, la sensación de traspasar un umbral, de penetrar gustoso en un nuevo universo sin haber perdido del todo el anterior, todavía tangible y alcanzable. Era consciente de todas estas cosas, tal como lo era de la tierra ardiente, el sudor de los demás chicos, la risa, el extraño y puro regocijo de ser uno más.

¡Chútala!, oyó chillar a alguien. Chútala de una puñetera vez antes de que suene la campana.

Y, en lo más hondo de su ser, Dorrito Evans comprendió que toda su vida había sido un viaje hacia ese punto en que por un instante había volado hasta alcanzar el sol, y que en adelante ese mismo viaje lo alejaría cada vez más de su resplandor. Nada volvería a ser igual de real para él. La vida nunca volvería a tener tanto sentido.

4

¿Te crees muy listo, verdad?, preguntó Amy. Estaba tumbada con Dorrito Evans en una cama de hotel, dieciocho años después de que él hubiese visto a Jackie Maguire llorando delante de su madre, y se entretenía enrollando un dedo en los rizos cortos del hombre mientras él le recitaba «Ulises». La habitación quedaba en la tercera planta de un hotel venido a menos y daba a una profunda galería que, al impedir toda visión de la carretera que discurría a sus pies y de la playa que se extendía al otro lado de esta, creaba la ilusión de estar colgado sobre el océano Antártico, cuyas olas oían restallar y retroceder sin descanso allá abajo.

Es un truco, dijo Dorrito. Como cuando alguien te saca una moneda de detrás de la oreja.

No, no lo es.

No, dijo Dorrito. No lo es.

¿Y qué es, si no?

Dorrigo no estaba seguro.

Y todo eso de los griegos, de los troyanos, ¿a qué viene? ¿Qué más da?

Los troyanos eran una familia. Perdieron.

¿Y los griegos?

¿Los griegos?

No, las urracas de Puerto Adelaida. Pues claro, los griegos. ¿Qué son?

Violencia. Pero los griegos son nuestros héroes. Son los vencedores.

¿Por qué?

Dorrigo no lo sabía a ciencia cierta.

Por un lado está su astucia, dijo. El caballo de Troya, una ofrenda a los dioses en la que ocultaron la muerte de los hombres, una cosa dentro de la otra.

¿Y por qué no los odiamos, entonces? A los griegos, me refiero.

Tampoco eso lo sabía a ciencia cierta. Cuanto más reflexionaba sobre ello, menos comprendía por qué era así, ni por qué la familia troyana se había visto abocada a la perdición. Algo le decía que «los dioses» era tan solo otra forma de referirse al tiempo, pero sospechaba que afirmarlo sería tan estúpido como sugerir que nada podemos contra la voluntad de los dioses. Sin embargo, a sus veintisiete años, y a punto de cumplir veintiocho, ya revelaba cierto talante fatalista, cuando menos respecto a su propio destino. Era como si la vida se pudiera mostrar pero jamás explicar, y las palabras –todas las palabras que no decían las cosas a las claras– fueran para él las más veraces.

Miraba más allá del cuerpo desnudo de Amy, más allá de la depresión en forma de media luna cubierta por su halo de fino vello que iba del seno a la cadera, más allá de las puertas acristaladas castigadas por los elementos cuya pintura blanca se descascarillaba, hacia el punto donde la luna tejía un estrecho camino de luz en el mar, camino que se perdía entre las nubes que despleaban sus alas sobre el horizonte. Como si lo estuviera esperando.

Pues me propongo navegar

más allá de donde el sol se pone, y donde se bañan

todos los astros de Occidente, hasta que muera.

¿Por qué te gustan tanto las palabras?, oyó preguntar a Amy.

La madre de Dorrigo había muerto de tuberculosis cuando él contaba diecinueve años. No estaba con ella cuando ocurrió. No estaba siquiera en Tasmania, sino en el continente, adonde lo había llevado una beca para estudiar medicina en la Universidad de Melbourne. A decir verdad, para entonces los separaba algo más que un mar. En la facultad de Ormond había conocido a gente de buena familia, orgullosa de logros y genealogías que se remontaban a distinguidos linajes ingleses anteriores a la fundación de Australia. Podían nombrar de memoria a varias generaciones de antepasados, con sus correspondientes cargos políticos, empresas, matrimonios dinásticos, mansiones y granjas de ovejas. Dorrigo tendría que llegar a viejo para comprender que buena parte de todo aquello era una ficción más descomunal que cualquier historia salida de la imaginación de Trollope.

Por un lado, aquel mundo le parecía tremendamente monótono, y por otro fascinante. Nunca había conocido a nadie tan convencido de sus propias certezas. Los judíos y los católicos eran inferiores, los irlandeses feos, los chinos y los aborígenes ni siquiera eran humanos. No es que creyeran en ello, sino que sencillamente lo sabían. Había detalles que lo llenaban de asombro. Las casas hechas de piedra. El peso de la cubertería. La ignorancia respecto a las vidas ajenas.

La ceguera ante la belleza del mundo natural. Dorrigo quería a su familia, pero no se sentía orgulloso de ella. Su principal logro era la supervivencia. Le llevaría toda una vida apreciar ese logro en su justa medida. Por entonces, sin embargo, y en vista de los honores, la riqueza, las propiedades y la fama con los que tomaba contacto por primera vez, se le antojaba un fracaso. Y, para que no fueran testigos de su vergüenza, se mantuvo lejos de los suyos hasta la muerte de su madre. No había llorado en el funeral.

Venga, Dorry, dijo Amy. ¿Por qué?, insistió, deslizando un dedo por el muslo del hombre.

Después, empezó a tener miedo de los espacios cerrados, las aglomeraciones, los tranvías, los trenes y los bailes, todo aquello que lo empujaba hacia dentro e impedía el paso de la luz. Le costaba respirar. La oía llamándolo en sueños.

Niño, le decía, ven aquí, niño.

Pero él se negaba a acudir a su llamada. Estuvo en un tris de suspender los exámenes. Leyó y releó «Ulises». Volvió a jugar al rugby, buscando la luz, el mundo que había vislumbrado en aquella iglesia, impulsándose una y otra vez hacia el sol hasta llegar a ser capitán, hasta llegar a ser médico, hasta llegar a ser cirujano, hasta llegar a compartir esa cama de hotel con Amy mientras veía cómo la luna se elevaba sobre el valle de su vientre. Leyó y releó «Ulises».

Se apaga el largo día; sube lenta la luna;

el hondo mar resuena con los lamentos de muchas voces. Venid, amigos,

no es tarde para buscar un nuevo mundo.

Se aferraba a la luz que hay en el principio de las cosas.

Leía y releía «Ulises».

Se volvió para mirar a Amy.

Las palabras fueron la primera cosa hermosa que conocí, contestó Dorrigo Evans.

5

Cuando se despertó una hora después, ella se había pintado los labios de rojo cereza, se había puesto rímel en los ojos, como dos llamas de gas, y se había recogido el pelo dejando a la vista el óvalo del rostro, que tenía forma de corazón.

¿Amy?

Tengo que irme.

Amy...

Además...

Quédate.

¿Para qué?

Quiero...

¿Para qué? Lo he oído...

Quiero tenerte. Quiero tenerte todo el tiempo que pueda.

... demasiadas veces ya. ¿Vas a dejar a Ella?

¿Dejarás tú a Keith?

Tengo que irme, dijo Amy. He dicho que estaría allí dentro de una hora. Noche de cartas, ¿te lo puedes creer?

Volveré.

¿De veras?

Sí.

¿Y qué pasará entonces?

Se supone que es secreto.

¿Lo nuestro?

No. Sí. No, la guerra. Un secreto militar.

¿Qué?

Zarpamos el miércoles.

¿Qué?

Dentro de tres...

Sé muy bien qué día es. ¿Adónde?

A la guerra.

¿Adónde?

¿Cómo quieres que lo sepa?

¿Adónde te mandan?

A la guerra. Está por todas partes, la guerra, ¿verdad?

¿Volveré a verte?

Yo...

¿Nosotros? ¿Y nosotros?

Amy...

Dorry, ¿volveré a verte?

6

Dorrigo Evans sintió que pasaban cincuenta años en el ronco estertor de alguna planta de refrigeración de las inmediaciones. La pastilla para la angina de pecho ya empezaba a surtir efecto, la opresión torácica remitía, el hormigueo del brazo había desaparecido y, si bien algún pertinaz trastorno interno inasequible a la medicina

persistía en su alma agitada, se sentía lo bastante bien para volver del cuarto de baño a la habitación de hotel.

Mientras regresaba a la cama, miró el hombro desnudo de la mujer, esa curva tersa y suave que nunca lo dejaba indiferente. Ella alzó a medias un rostro adamascado por el sueño y preguntó:

¿De qué estabas hablando?

Mientras volvía a acostarse y se acoplaba a la curva de su espalda, cayó en la cuenta de que ella se refería a una conversación que habían tenido antes de que se quedara dormida. A lo lejos, como si desafiara la melancólica cadencia de los sonidos urbanos que poblaban la habitación de hotel al alba, un coche aceleró con furia.

Moreno, le susurró él al oído, como si fuera obvio. Luego, percatándose de que no lo era, añadió: Moreno Gardiner. Al hablar, su labio inferior rozaba la piel de la mujer. No recuerdo su cara, dijo.

Algo que desde luego no pasa con la tuya, repuso ella.

No tenía sentido, pensó Dorrigo Evans, Moreno Gardiner había muerto y nada de todo aquello tenía el menor sentido. Se preguntó por qué no podía escribir algo tan obvio y sencillo, y por qué no podía recordar el rostro de Moreno Gardiner.

Está por todas partes, jolines, dijo ella.

Él sonrió. Nunca acabaría de acostumbrarse a oírla emplear palabras como «jolines». No ignoraba que en el fondo era una mujer vulgar, pero su educación le exigía tan pintorescos remilgos lingüísticos. Dorrigo acercó los labios ajados a la piel de su hombro. ¿Qué tenían las mujeres que lo hacían estremecerse como un pez incluso a su edad?

No puedo poner la tele ni hojear una revista, continuó ella, encantada con su propia broma, sin toparme con esa narizota.

Era cierto que el propio Dorrigo Evans tenía la impresión de que su rostro, al que nunca había tenido en gran estima, estaba por todas partes. Desde que, dos décadas atrás, un programa televisivo diera a conocer su pasado, ese rostro le devolvía la mirada desde objetos tan insospechados como mambretes de organizaciones benéficas o monedas conmemorativas.

Narigudo, desconcertado, ligeramente aturdido, con su antigua mata de rizos oscuros convertida en una etérea nube blanca. A una edad en que la mayor parte de sus contemporáneos eran vistos como ancianos en declive, él ascendía una vez más hacia la luz.

Aunque no acertaba a explicárselo, en los últimos años se había convertido en un héroe de guerra, un cirujano tan célebre como admirado, el vivo retrato de un tiempo y una tragedia, protagonista de biografías, obras dramáticas y documentales. Objeto de veneración, hagiografías, lisonjas. Dorrigo sabía que compartía ciertos rasgos, hábitos e historia con ese héroe de guerra, pero no era él. Sencillamente se le había dado mejor vivir que morir, y apenas quedaban ya quienes pudieran hablar en nombre de los prisioneros de guerra. Rechazar los honores

hubiese sido, en su opinión, mancillar el recuerdo de aquellos que habían muerto. No podía hacerlo. Además, tampoco le quedaban fuerzas.

Lo llamaran como lo llamaran –héroe, cobarde, farsante– poco o nada parecía tener ya que ver con él. Todo eso pertenecía a un mundo que se le antojaba cada vez más distante y vaporoso. Percibía la admiración de todo un país, pero también la exasperación de quienes habían tenido que trabajar con él en los últimos años de su carrera, o el leve desdén y acaso la envidia de muchos otros médicos que habían vivido experiencias similares en otros campos de prisioneros pero intuían con pesar que había algo en su carácter de lo que ellos carecían y que lo aupaba muy por encima de todos los demás en los afectos de sus compatriotas.

Maldito documental, rezongó él.

Pero entonces no le había molestado ser el centro de atención. Puede incluso que disfrutara un poco en secreto. Aunque de eso hacía mucho. No ignoraba que también era objeto de críticas. De hecho, en la mayoría de los casos estaba de acuerdo con ellas. Achacaba su fama a un error de percepción por parte de los demás. Había evitado lo que consideraba grandes errores en la vida, como la política y el golf, pero sus esfuerzos por desarrollar una nueva técnica de extirpación del cáncer de colon habían sido en vano, y lo que era peor, podían haber causado indirectamente la muerte de varios pacientes. De hecho, había oído a Maison tildarlo de carnicero. Con la perspectiva que daba el paso del tiempo, estaba dispuesto a reconocer que quizá hubiese pecado de imprudente. Sin embargo, de haber alcanzado su objetivo, sabía que todos hubiesen alabado su osadía y espíritu visionario. Sus incesantes líos de faldas y los engaños que inevitablemente traían asociados escandalizaban en privado y se pasaban por alto en público. La facilidad y la prontitud con que era capaz de mentir, manipular y engañar seguía siendo motivo de asombro incluso para él, pero se jactaba de ser lo bastante realista para tenerse en poca estima. No era su única concesión a la vanidad, pero sí una de las más ridículas.

Incluso a su edad –la semana anterior había cumplido setenta y siete años– seguía causándole perplejidad la influencia que esa naturaleza mujeriega había tenido en su vida. Al fin y al cabo, sabía que la misma audacia, el mismo rechazo de las convenciones, el mismo gusto por el juego y el mismo irrefrenable afán por explorar los límites que lo habían empujado a ayudar a otros en los campos de prisioneros lo habían arrojado también a los brazos de Lynette Maison. Lynette era la mujer de un compañero y amigo, Rick Maison, hombre brillante, eminente y anodino como pocos que, al igual que él, formaba parte del consejo de dirección del Colegio de Cirujanos. No era el único, ni mucho menos. Con el prólogo que había estado redactando ese día esperaba poder reparar de algún modo sus errores con humilde sinceridad –sin caer en revelaciones innecesarias–, devolver su figura pública al lugar que le correspondía –el de médico, ni más ni menos– y rescatar de paso el recuerdo de muchos otros que habían quedado injustamente relegados al olvido, centrándose en ellos en lugar de en sí mismo. Era un acto de rectificación y contrición que le exigía su conciencia. Sin embargo, esa misma conciencia le advertía de que semejante autoflagelación, semejante alarde de modestia, solo serviría para encumbrarlo más aún. Se hallaba entre la espada y la pared. Su rostro estaba por todas partes, pero ya no podía ver los de sus compañeros.

Me he convertido en un nombre, dijo él.

¿Qué?

Tennyson.

No me suena de nada.

«Ulises.»

Ya nadie lo lee.

Ya nadie lee nada. Creen que Browning es un arma.

Creía que solo leías a Lawson.

Y así es. Cuando no estoy leyendo a Kipling ni a Browning.

Ni a Tennyson.

Soy parte de todo lo que he visto.

Eso te lo acabas de inventar, dijo ella.

No. Es muy... ¿cuál es la palabra?

¿Oportuno?

Sí.

Eres capaz de recitar todo eso, dijo Lynette Maison, deslizando la mano por su muslo apergaminado. Y muchas cosas más. Pero no eres capaz de recordar el rostro de un hombre.

No.

Shelley le venía a la mente en presencia de la muerte, al igual que Shakespeare. Acudían a su memoria sin necesidad de que los evocara y por entonces formaban parte de su vida en la misma medida que la propia vida. Como si toda una existencia pudiera resumirse en un libro, una frase, unas pocas palabras. Palabras tan sencillas. Ahora has venido a un festín de muerte. La pálida, fría y lunar sonrisa. Ay, los viejos poetas.

La muerte es nuestro médico, dijo él. Los pezones de Lynette Maison le parecían asombrosos. Había un periodista en la cena de esa noche que le había preguntado por el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki.

Una vez, pase, había dicho el periodista. Pero ¿dos? ¿Por qué dos?

Eran monstruos, dijo Dorrigo Evans. No puede usted entenderlo.

El periodista había preguntado si las mujeres y los niños también eran monstruos. Si lo eran los hijos que nunca tendrían.

La radiación, replicó Dorrigo Evans, no afecta a las generaciones siguientes.

Pero esa no era la cuestión y él lo sabía. Además, ignoraba si los efectos de la radiación se transmitían o no a las generaciones futuras. Alguien le había dicho mucho tiempo atrás que no. O que sí. No lo recordaba a ciencia cierta. Últimamente confiaba en la asunción cada vez más frágil de que lo que decía era verdad, y de que la verdad era lo que él decía.

El periodista le dijo que había escrito un artículo sobre los supervivientes, a los que había conocido y entrevistado. Su sufrimiento, dijo, era atroz y los acompañaría hasta la muerte.

El problema no es que no sepas nada sobre la guerra, joven, le había dicho Dorrigo Evans, sino que solo has aprendido una cosa. Y la guerra es muchas cosas.

Dorrigo Evans le había dado la espalda, pero luego se había vuelto de nuevo hacia el periodista.

Por cierto, ¿sabes cantar?

Ahora trataba de olvidar ese intercambio lamentable, incómodo y francamente bochornoso como solía, entregándose al placer carnal, y ahuecó la mano en torno a uno de los senos de Lynette, asiendo el pezón entre dos dedos. Pero su mente estaba lejos de allí. El periodista, qué duda cabe, sacaría buena tajada de su encuentro con el héroe de guerra que era en realidad un viejo chocho, majadero y belicista que hacía apología de las armas nucleares, ¡y que para colmo le había preguntado si sabía cantar!

Pero había algo en el periodista que le había recordado a Moreno Gardiner, aunque no habría sabido decir el qué. No era su rostro, ni sus gestos. ¿La sonrisa? ¿El descaro? ¿La osadía? Sus preguntas lo habían irritado, pero el hecho de que no se plegara a la autoridad que la fama le confería se le antojaba digno de admiración. Cierta cohesión interna; integridad, si se quiere. ¿Un empeño en conocer la verdad? No sabría decirlo. No podría señalar un tic, un gesto o un hábito similar. Experimentó una extraña sensación de vergüenza. Tal vez se hubiese comportado como un idiota. Tal vez se hubiese equivocado. Ya no estaba seguro de nada. Puede que no lo estuviera desde el día de la paliza a Moreno.

Seré un monstruo carroñero, susurró en la coralina concha de la oreja de Lynette, una parte de la anatomía femenina cuya suave espiral le parecía indeciblemente conmovedora y siempre se le antojaba una invitación a la aventura. Depositó un levísimo beso en el lóbulo.

Deberías decir lo que piensas con tus propias palabras, señaló ella. Con las palabras de Dorrigo Evans.

Lynette Maison tenía cincuenta y dos años, y había dejado atrás la posibilidad de ser madre pero no la de cometer locuras. Se despreciaba a sí misma por el control que ese viejo ejercía sobre ella. Sabía que tenía no solo mujer, sino también otra amante. Una o dos más, sospechaba. No podía aspirar siquiera a la gloria sensual de ser su única amante. No se lo explicaba. Dorrigo Evans despedía el olor a masa fermentada de la vejez, dos pezones marchitos colgaban de su pecho flácido y sus dotes amorosas eran inconstantes pero, contra toda lógica, hacer el amor con él le resultaba extrañamente reconfortante. Estando con él, sentía la incuestionable seguridad de ser amada. Y sin embargo, sabía que una parte de su amante –la parte que más deseaba, la parte de él que era pura luz– siempre permanecería inasequible y oculta. En sus sueños, Dorrigo siempre levitaba unos pocos centímetros por encima de ella. A menudo, en un mismo día se veía abocada a la ira, los reproches, las amenazas y la frialdad en sus intercambios con él. Pero bien entrada la noche, acostada junto a Dorrigo Evans, no deseaba a nadie más.

Había un cielo inmundo, iba diciendo él, y Lynette supo que se disponía a levantarse de nuevo. Siempre se estaba alejando, continuó él, como si tampoco lo soportara.

7

Cuando llegaron a Siam a principios de 1943, todo era distinto. Para empezar, había un cielo sereno e inabarcable. Un cielo familiar, o eso le pareció entonces. Era la estación seca, los árboles estaban desnudos, la tierra polvorienta y la selva se abría a su paso. Además, había comida. No mucha, no la suficiente, pero la inanición aún no había hecho estragos entre los hombres, ni el hambre se había instalado aún en sus estómagos y cerebros como una especie de delirio. Tampoco el trabajo a las órdenes de los japoneses se había convertido en la locura que acabaría matándolos como a moscas. La situación era dura, pero en los primeros tiempos no era insoportable.

Cada vez que Dorrigo Evans bajaba la mirada, veía una línea recta de estacas topográficas clavadas en el suelo por los ingenieros del Ejército Imperial japonés para señalar el trazado de una línea ferroviaria que se perdía en la distancia desde el punto en que él se encontraba, a la cabeza de un silencioso grupo de prisioneros de guerra. Según les informaron los ingenieros japoneses, las estacas se sucedían a lo largo de cuatrocientos cincuenta kilómetros, trazando una línea que, partiendo del norte de Bangkok, cruzaba todo el territorio de Birmania.

Aquellas estacas esbozaban el recorrido de una gran línea ferroviaria que por entonces se reducía a una serie de planos inconclusos, órdenes aparentemente imposibles de cumplir y grandes exhortaciones por parte del alto mando japonés. Era una línea legendaria, nacida de la desesperación y el fanatismo, compuesta de mitos y fantasía en la misma medida en que lo estaría de madera, hierro y los miles de vidas que su construcción habría de costar a lo largo del año siguiente. Pero ¿qué realidad han construido nunca los realistas?

Les dieron hachas desafiladas y cuerda de cáñamo podrida, y con ellas su primer encargo: talar, arrancar de raíz y allanar un kilómetro de tecas gigantes que crecían a lo largo del trazado previsto de la línea ferroviaria.

Mi padre solía decir: Vosotros los jóvenes no sabéis lo que es cargar el equivalente a vuestro propio peso, dijo Jimmy Bigelow mientras tanteaba con el dedo índice el filo romo y desconchado del hacha. Ojalá estuviera aquí, el muy cabrón.

8

Y después, nadie se acordará realmente de ello. Tal como sucede con los grandes crímenes, será como si nunca hubiese ocurrido. El dolor, las muertes, la pena, la abyecta y mísera futilidad de un sufrimiento tan inmenso padecido por tantos; puede que todo ello solo exista entre las páginas de este libro y en un puñado de libros más. Es posible encerrar el horror en un libro, darle forma y significado. Pero en la vida el horror carece de forma, tal como carece de significado. El horror es y punto. Y mientras reina, es como si no hubiera nada en todo el universo que no forme parte de ese horror.

La historia que hay detrás de este libro arranca el 15 de febrero de 1942, con la caída de Singapur, mientras un imperio agoniza y otro despunta. Sin embargo, en 1943, Japón se halla al límite de sus fuerzas, sufre una gran escasez de recursos y está perdiendo la guerra, por lo que la necesidad de construir ese ferrocarril se vuelve

acuciante. En China, los aliados suministran armamento al ejército nacionalista de Chiang Kai-shek a través de Birmania, y los estadounidenses controlan los mares. Para poder interrumpir esa crucial línea de suministro al enemigo chino y conquistar la India a través de Birmania –tal es el sueño descabellado de sus líderes–, Japón debe fortalecer el frente birmano por vía terrestre mediante el envío de efectivos y material. Pero no dispone del dinero ni la maquinaria necesarios para construir la línea ferroviaria que tanto necesita. Ni del tiempo.

La guerra, sin embargo, alimenta su propia lógica. El imperio japonés cree que vencerá gracias al indómito espíritu nipón, ese espíritu del que Occidente carece, llamado y considerado la voluntad del emperador. Ese es el espíritu que, según el imperio, prevalecerá hasta su victoria final. Y, para sustentar tan indómito espíritu, para fortalecer esa fe, el imperio tiene la buena fortuna de contar con esclavos. Cientos de miles de esclavos asiáticos y occidentales. Entre ellos veintidós mil prisioneros de guerra australianos, la mayoría de los cuales se había rendido en Singapur por razones estratégicas antes incluso de haber entrado en combate. Nueve mil de esos soldados serán enviados a trabajar en la construcción del ferrocarril. Cuando, el 25 de octubre de 1943, la locomotora a vapor C 5631 se convierta en el primer tren que recorra el trazado completo del Ferrocarril de la Muerte, remolcando en sus tres vagones a dignatarios japoneses y tailandeses, lo hará sobre infinitas capas de huesos humanos, incluidos los restos de uno de cada tres de esos soldados australianos.

Hoy, la locomotora a vapor C 5631 se exhibe con orgullo en un museo que forma parte del gran monumento extraoficial a los caídos de Japón, el santuario Yasukuni de Tokio. Además de la locomotora a vapor C 5631, el santuario alberga el Libro de las ánimas. En él se recogen los nombres de los más de dos millones de nombres que murieron sirviendo al emperador de Japón en los conflictos bélicos que se produjeron entre 1867 y 1951. La inscripción en el Libro de las ánimas que se conserva en este lugar sagrado conlleva la absolución de todos los pecados cometidos. Entre esos nombres se hallan los de 1.068 hombres condenados por crímenes de guerra y ejecutados tras la Segunda Guerra Mundial. Y entre esos 1.068 nombres de criminales de guerra ejecutados se cuentan algunos de los que trabajaron en el Ferrocarril de la Muerte y fueron declarados culpables de malos tratos a los prisioneros de guerra.

La placa que preside la locomotora C 5631 no recoge una sola mención a estos hechos. Tampoco se menciona el horror que supuso la construcción del ferrocarril. Ni los nombres de los cientos de miles de hombres que murieron en el empeño. Tal vez no sea de extrañar, puesto que ni siquiera existe consenso en torno al número de personas que perdieron la vida en el Ferrocarril de la Muerte. Los prisioneros de guerra aliados –cerca de sesenta mil hombres– no eran sino una pequeña parte de los que trabajaron como esclavos en esa empresa faraónica. Junto a estos había doscientos cincuenta mil tamiles, chinos, javaneses, malayos, tailandeses y birmanos. O más. Algunos historiadores sostienen que cincuenta mil de estos trabajadores forzados murieron y otros cifran esa cantidad en cien mil, pero hay quienes la elevan incluso a doscientos mil. Nadie lo sabe, en realidad.

Y nadie lo sabrá jamás. Sus nombres ya han caído en el olvido. No hay ningún libro para sus ánimas perdidas. Suyas sean estas líneas.

Así había concluido Dorrigo Evans ese mismo día el prólogo para un libro que reunía las ilustraciones de los campos de prisioneros dibujadas por Guy Hendricks. Había pedido a su secretaria que le reservara tres horas sin interrupciones para que pudiera completar una tarea que arrastraba desde hacía meses y cuyo plazo de entrega había excedido con creces. Incluso después de terminado, tenía la sensación de que el texto no era sino otro intento fallido por su parte de entender el significado de todo aquello, disfrazado como un prólogo capaz de explicar en pocas palabras qué había sido el Ferrocarril de la Muerte.

Le parecía que su tono era a la vez demasiado objetivo y demasiado personal. Por algún motivo, despertaba en su mente todas las preguntas a las que no había sabido dar respuesta a lo largo de la vida. Tenía la cabeza abarrotada de cosas, y sin embargo había sido incapaz de plasmar una sola de ellas en el papel en blanco. Tantas cosas, tantos nombres, tantos muertos, pero había un nombre que se resistía a escribir. Al empezar el prólogo había esbozado una descripción de Guy Hendricks y descrito a grandes rasgos los hechos que habían marcado el día de su muerte, incluida la anécdota de Moreno Gardiner.

Pero nada había dicho sobre el detalle más importante de ese día. Contempló el prólogo, que había escrito como siempre con tinta verde, con la esperanza humilde, si bien teñida de culpa, de que en el abismo que mediaba entre su sueño y su fracaso hubiera algo digno de ser leído, algo en lo que se notara el latido de la verdad.

9

No sin razón, los prisioneros de guerra se refieren al lento descenso hacia la locura que vino después con dos sencillas palabras: «la Línea». En adelante, solo habría para ellos dos clases de hombres: los que habían estado en la Línea y el resto de la humanidad. O quizá hubiera una sola clase de hombres: los que habían sobrevivido a la Línea. Tal vez ni eso sea cierto, en el fondo; Dorrigo Evans se sentía cada vez más atormentado por la idea de que todo se reducía a los hombres que habían muerto en la Línea. Temía que solo en ellos se diera la terrible perfección del sufrimiento y el conocimiento que volvía a un hombre plenamente humano.

Al tender la vista de nuevo hacia las estacas de la vía férrea, Dorrigo Evans comprobó que a su alrededor había mucho de incomprendible, incomunicable, ininteligible, imprevisible, indescifrable. Una serie de hechos sencillos explicaban las estacas, pero estas no expresaban nada. ¿Qué es una línea, se preguntó, la Línea? Una línea era algo que iba de un punto a otro –de la realidad a la irrealidad, de la vida al infierno–, «una longitud sin anchura», según la definición de Euclides que recordaba de las clases de geometría. Una longitud sin anchura, una vida sin significado, la procesión que va de la vida a la muerte. Un viaje al infierno.

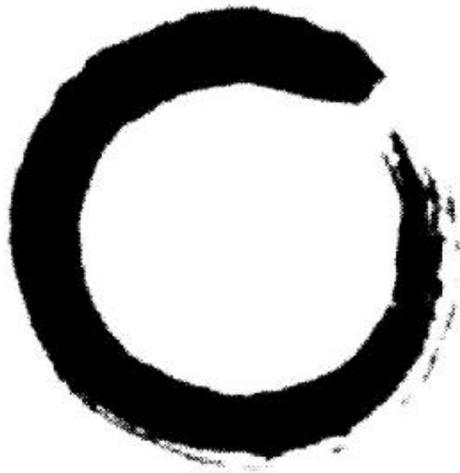
Medio siglo después, en su habitación de hotel de Parramatta, Dorrigo Evans dormitaba, se removía, soñaba con Caronte, el inmundo barquero que conduce a los muertos al infierno cruzando las aguas del Estigia a cambio del óbolo que alguien les ha metido en la boca. En su sueño, articulaba en silencio las palabras que empleó Virgilio para describir al pavoroso Caronte: temible y repugnante, oculto el rostro bajo las greñas canosas, un resplandor de fuego en la mirada feroz, cubierto el cuerpo con un sucio manto anudado al hombro.

La noche que pasó acostado junto a Lynette Maison había dejado un libro junto a la cama, como hacía estuviera donde estuviese desde que en la madurez había recuperado el hábito de la lectura. Un buen libro, había descubierto, te deja con ganas de releerlo. Un gran libro te impulsa a releer tu propia alma. Rara vez encontraba semejantes obras, y cuanto mayor se hacía, más raro era encontrarlas. Aun así seguía buscando, una Ítaca más a la que siempre pondría rumbo. Solía leer al caer la tarde. Casi nunca abría las páginas del libro, cualquiera que fuese, por las noches, pues a esa hora solo existía para él en cuanto talismán o amuleto, en cuanto dios familiar que velaba por él y se encargaba de guiarlo sano y salvo en su travesía por el mundo de los sueños.

El libro de esa noche se lo había regalado una delegación de mujeres niponas que había ido a rendir homenaje a las víctimas de crímenes de guerra cometidos por los japoneses. Habían llegado entre ceremonias y videocámaras, y traían regalos, entre ellos uno harto curioso: un libro traducido al inglés de poemas fúnebres japoneses, testimonio de una tradición por la que los poetas nipones debían componer un último poema en las horas previas a su muerte. Dorrigo lo dejó sobre la mesilla de noche de madera oscura, junto a la almohada, alineándolo cuidadosamente con su propia cabeza. Creía que los libros tenían un aura que lo protegía, que si dormía sin uno a su lado no volvería a despertar. De buen grado dormiría sin la compañía de una mujer, pero jamás sin la de un libro.

10

Al hojear el libro unas horas antes, Dorrigo Evans se había quedado prendado de un poema. En su lecho de muerte, Shisui, poeta japonés del siglo XVIII, había accedido por fin a escribir una composición fúnebre. Cogió su pincel, dibujó el poema y murió. Cuál no sería la perplejidad de sus seguidores al descubrir que había trazado un círculo en el papel.



El poema de Shisui daba vueltas sin cesar en el subconsciente de Dorrigo Evans, como un vacío contenido, un misterio infinito, un ancho sin longitud, la gran rueda, el eterno retorno: la antítesis de la línea.

El óbolo depositado en la boca de los muertos para pagar al barquero.

El viaje de Dorrigo Evans hacia la Línea pasaba por un campo de prisioneros de guerra en el altiplano de Java donde, por su grado de coronel, era el segundo oficial al mando de un millar de soldados, en su mayoría australianos. Para matar las interminables horas en las que tenían la sensación de que la vida se les escapaba entre los dedos, practicaban deporte, asistían a programas educativos y conciertos, desgranaban los recuerdos de su tierra natal y emprendían la que sería tarea de toda una vida: sacar brillo a las leyendas de Oriente Próximo. Caravanas de camellos cargadas de arenisca al anochecer; ruinas romanas y castillos de los cruzados; mercenarios circasianos ataviados con largos sobretodos negros ribeteados de plata y grandes sombreros de astracán; y soldados senegaleses, hombretones fornidos que pasaban por delante de ellos con las botas colgadas al cuello. Evocaban con nostalgia a las jóvenes francesas de Damasco, así como el tiempo pasado en Palestina, donde gritaban «¡Judíos de mierda!» desde la parte de atrás de los camiones al paso de los árabes hasta que conocieron a las chicas árabes que trabajaban en Jerusalén; donde gritaban «¡Moros de mierda!» desde la parte de atrás de los camiones al paso de los judíos hasta que vieron a las chicas judías del kibutz, con pantalón corto y blusa blanca, que les regalaban bolsas de naranjas. Volvían a reír con las desventuras de Cangrejo Burrows, que daba la impresión de haber cogido el pelo prestado a un equidna y que, tras pasar sus veinticuatro horas de permiso en un burdel de El Cairo, había vuelto rascándose la entrepierna con saña y se había ganado ese apodo al preguntar, mientras se inspeccionaba el vello púbico: ¿Qué son estos cangrejos de río morunos? Seguro que los he pillado en el váter de alguno de esos malditos gitanos, ¿a que sí?

Pobre Cangrejo, decían. Pobre desgraciado.

Durante mucho tiempo, no había pasado apenas nada. Dorrigo había escrito cartas de amor en nombre de sus amigos desde las mesas de los cafés de El Cairo, pegajosas a causa del arak derramado. Mortal lujuria envuelta en alardes de inmortalidad que empezaban invariablemente con las palabras «Te escribo a la luz de las ráfagas de disparos...».

Luego habían venido los pedruscos, las cagarrutas secas de cabra y las hojas secas de olivo de la campaña siria, la dificultad de avanzar por un terreno escabroso y resbaladizo cargando equipos pesados, dejando atrás algún que otro cadáver senegalés abotargado, enfrascados en sus propios pensamientos mientras resonaba el tableteo y el estruendo de los combates y escaramuzas que se libraban lejos de allí. Los muertos yacían desperdigados con sus armas y su equipo –estaban por todas partes, inevitables como las piedras– y los hombres no podían hablar ni pensar en nada que no fuera esquivar sus cadáveres hinchados. Uno de los tres muleros chipriotas que los acompañaban había preguntado a Dorrigo Evans adónde se dirigían exactamente. Él no tenía la menor idea, pero ya entonces era consciente de que estaba obligado a decir algo, lo que fuera, con tal de mantener a los hombres unidos.

Una mula rebuznó cerca. Dorrigo Evans se frotó la arenilla de la comisura del ojo, abarcó con la mirada el campo de sorgo donde se habían detenido y luego estudió de nuevo los dos mapas, el suyo y el de los muleros, ninguno de los cuales coincidía en un solo detalle significativo. Al cabo, les dio unas coordenadas que no se avenían

con ninguno de los mapas, pero sí con una intuición a la que Dorrigo Evans confiaba buena parte de sus decisiones. Por lo general no se equivocaba, y aun cuando lo hacía tenía la ventaja de permitirles ponerse en marcha, algo que, en su experiencia, era a menudo más importante. Dorrigo Evans era el segundo oficial al mando de la unidad de evacuación de heridos del séptimo batallón de infantería de la Segunda Fuerza Imperial australiana, que estaba cerca del frente al recibir órdenes de desmontar el hospital de campaña en medio del caos de una retirada táctica que, al día siguiente, se convertiría en la confusión de un avance estratégico.

El resto de la unidad de evacuación de heridos se había retirado en camiones y estaba ya muy lejos de las líneas enemigas, pero él se había quedado con el resto de los suministros a la espera de un último camión. Pero, en lugar de este, le habían enviado una recua de veinte mulas con sus tres muleros chipriotas y la orden de viajar con los suministros hasta una aldea situada en las inmediaciones del nuevo frente, treinta kilómetros más al sur según el mapa de los muleros y cuarenta kilómetros más al oeste según el suyo. Los chipriotas, hombres menudos y parlanchines, se sumaban así a la amalgama de fuerzas aliadas que se enfrentaban en suelo sirio a la amalgama de fuerzas francesas de Vichy, una pequeña guerra en medio de otra mucho más grande de la que nadie se acordaría más tarde.